

muchos caballeros, así del bando de la reina como de los Zegries; y para mas justificar la causa de la reina llamaron á los jueces, para que oyesen todo lo que el Zegri decía. Luego llegó el valeroso Muza, y los dos jueces que estaban en el cadalso bajaron, y entrando en el palenque tornó á referir el Zegri lo dicho, y luego espiró.

Al momento tocaron con grande alegría muchas chirrimias y dulzainas con otros instrumentos músicos por victoria tan importante que habían conseguido aquellos caballeros extranjeros de los naturales traidores, y cómo por ella se había sabido la verdad, y le era vuelta y restituida su honra á la casta é inocente reina. A una parte se oían las músicas y grande alegría, y á otra llores, tristeza y gritos que daban las mujeres y deudos de los Zegries muertos. Los caballeros vencedores fueron sacados del campo con muy grande honra, hecha por la mayor parte de los caballeros que eran del bando de la reina. Y desta suerte los victoriosos caballeros llegaron á la reina, que ya estaba dentro de la litera en que había venido, y la preguntaron si había otra cosa que hacer en aquel caso, ó en otro cualquiera que fuese de su gusto ó de necesidad. La reina dijo: «que para la satisfaccion entera de su honra bastaba lo que habían hecho, y que recibiría mucho contento en que se quisiesen ir con ella para ser curados de sus heridas.» Los caballeros aceptaron el ruego de la reina, y así salieron de la plaza, llevando la música de añafiles delante con mucho contento y alegría. Todo lo cual era al contrario en los mal intencionados Zegries y Gomeles, porque con tristes llantos sacaron del palenque los destrozados cuerpos de sus parientes, y estuvieron determinados de romper con su contrario bando, y procurar dar muerte á los extranjeros vencedores; y no se determinaron por entonces, porque de allí adelante hubo entre ellos bandos y pasiones, mayores que hasta entonces habían tenido, como adelante lo diremos.

Los caballeros cristianos llegaron á la posada de la reina, y todos los demás caballeros; y los vencedores fueron curados con gran diligencia de cirujanos, y ellos pusieron sus armas junto á sí, por si algo sucediera. Y aquella noche, después de haber cenado, la reina, Celima y Esperanza fueron á visitar á los cuatro caballeros cristianos; y después de haber hablado de los trabajos en que se había visto aquella ciudad, y de la muerte injusta de los Abencerrajes, la reina se llegó un poco mas al lecho de don Juan Chacon, y sentándose le dijo: «el alto y poderoso Jesucristo, y su bendita Madre que le parió sin dolor, quedando virgen por divino misterio, os den salud entera y vida larga, y os paguen la buena obra que á esta triste y desconsolada reina habéis hecho, habiéndome librado de una muerte tan infame y afrentosa; mas fué la voluntad de Dios de librarme, y que vos fueseis el instrumento de mi libertad; y así os quedo obligada mientras la vida me dure, la cual gastaré en vuestro servicio. Deseo ya verme cristiana para servir á Dios y á su santísima Madre y á vos; y creedme que la mayor parte de los caballeros desta ciudad están deseosos de verse ya cristianos, y no aguardan sino que el rey don Fernando comience la guerra, y está así concertado desde que se fueron los caballeros Abencerrajes; por tanto, así como lleguéis, dad orden á vuestro rey para que ponga en ejecución la guerra contra este reino, y os ruego que me digáis quién son esos tres caballeros á quien soy obligada, porque sepa á quién he de servir. — Escelente señora, dijo don Juan: los caballeros que á mí me han hecho merced y á vos servido, son don Alonso de Aguilar, el gran don Manuel Ponce de León, y el otro don Diego Fernandez de Córdoba, caballeros de grande estima, que ya tendreis noticia dellos. — Si tengo, respondió la reina, que muchas veces han entrado en la Vega, y han hecho cabalgadas de ganados y buenas presas, y son conocidos por sus hechos y nombres, aunque ahora no han sido conocidos por el disimulo del traje tur-

quesco, y ha sido buen pensamiento; y pues son de tan gran valor, será justo que les hable y dé las gracias del bien que por su causa me ha redundado.»

Diciendo esto, la reina Sultana fué donde estaban los tres caballeros, y á todos y á cada uno de por sí les dió muchas gracias por el favor que le tenían hecho, y que confiaba en Dios que algun día les serviría en algo. El alcaide de los Donceles respondió en nombre de todos: «vuestra Alteza le dé esas gracias y mercedes al señor don Juan, que nosotros poco es lo que hemos hecho, segun lo mucho que os deseamos y debemos servir. — Muchas mercedes, señores caballeros, por el nuevo ofrecimiento, que es para mas obligarme á servirlos, y reagravar la deuda tan grande que os tengo. Dios os pague lo que habeis hecho por mí, y dé vida para que pueda pagar alguna cosa de lo mucho que os debo; y porque parece que es hora de reposar y descansar, yo me quiero ir á recoger para dar orden á lo que conviene para vuestro regalo.» Con aquesto se fué la reina, y habló con su tío Moraizél, y le dijo que estaba recelosa de que viniesen á tomar venganza los Zegries y Gomeles en los cuatro caballeros, por la muerte de los cuatro traidores; que pusiesen algun remedio. Y pareciéndole buen consejo, fué á dar parte dello á Muza, el cual puso cien caballeros de guarda en la casa, los cuales estuvieron toda la noche con gran cuidado.

Fué muy acertado el parecer de la reina, porque los Zegries y Gomeles tenían concertado de cercar la casa, y dar muerte violenta á los caballeros vencedores; y como vieron tanta guarda, y conociendo que no podrían salir con su intento, desistieron de su propósito; y mas cuando supieron que el valeroso Muza había puesto aquellos caballeros, lo sintieron de manera, que se les comia el corazón de envidia, por ver con las veras que acudia Muza á los cuidados de la reina, y no se atrevieron á irle á la mano porque le temian. Venida la mañana, se fué la gente de guardia, y los cuatro caballeros determinaron de irse, porque no los echase menos el rey don Fernando; y así pidieron licencia á la reina para partirse á la corte de su rey, porque les importaba que no supiese la ausencia que habían hecho. «Pues cómo, señores, dijo la reina, estando tan lastimados, cansados y heridos, os queréis poner en camino tal? No lo tengo de consentir: ¿por ventura os falta cosa alguna, ó la deseáis? — No uno ni otro, respondió don Juan Chacon, porque donde está vuestra Alteza no hay que desear nada; pero importa irnos por lo que he dicho. — Pues que así es, dijo la reina, tornaos á curar, é id vuestro viaje con la bendición de Dios; y por él os ruego no me olvidéis, y suplicad á vuestro rey que comience la guerra contra Granada, porque á todos los que tienen deseo firme de ser cristianos se les cumpla.» Los caballeros se lo prometieron así. La reina mandó llamar á los cirujanos; y curados se armaron, y despidiéndose de la reina y Celima, Esperanza y de Moraizél, se partieron quedando llorando la reina la ausencia de tan buenos caballeros. Muza, Malique Alabéz y Gazul, que supieron que los caballeros extranjeros se iban de Granada, les salieron á prevenir un grande acompañamiento con mas de doscientos moros, á mas de media legua la vuelta de Málaga. Pero así como los moros se despidieron dellos, tomaron la vía de Castilla, y caminaron á grande prisa; y entrando en tierra de cristianos, supieron cómo los Reyes Católicos estaban en Ecija: ellos fueron á Talavera, y hallaron á sus criados que los esperaban para que siguiesen la corte. Allí estuvieron ocho dias curándose muy secretamente, y estando ya mejores se partieron para Ecija; y en llegando, pidiendo licencia al rey don Fernando para irse á sus tierras, se la dió; y llegados á sus patrias, ellos y otros caballeros dieron orden de ganar á la ciudad de Alhama, llevando para ello la prevencion conveniente, porque era muy fuerte; y siendo juntos muchos y principales caballeros la cercaron y combatieron por todas partes. Donde los dejaremos combatiendo, por decir lo que pasó en la

ciudad de Granada en este medio y sazón, y también porque á mí no toca escribir lo que pasó en aquesta guerra de Alhama, que no hace al intento ni propósito mio.

CAPITULO XVI.

De lo que pasó en Granada, y cómo se volvieron á refrescar los bandos della, y la prision del rey Mulahazén en Murcia, y la del rey Chico en Andalucía, y de otras cosas.

Grande fué la tristeza y desconsuelo que la reina Sultana sentía por la ausencia de sus defensores caballeros, y de buena voluntad fuera en su compañía, que temía el alboroto de la ciudad; y si su dolor y tristeza fué grande, mas escésivo fué el de los Zegries y Gomeles y los demás de su bando, por causa de los caballeros que en la cruel batalla murieron, y porque los agresores se fueron sin que dellos se tomase venganza, y porque se sentían muy afrentados y corridos por las cosas pasadas; pero con disimulación aguardaban ocasion para ejecutar su deseo. Digamos ahora del rey Chico, el cual, como supo la muerte de los acusadores de su mujer la reina, y la confesion que había hecho el malvado Zegri en su disculpa, descubriendo la pésima y horrible maldad; enojado de sí mismo, no sabía qué hacerle. Poníasele delante la culpa de su ceguedad, y la muerte tan sin culpa de los nobles Abencerrajes, la grande deshonra en que había puesto á la reina, el destierro injusto que hizo cumplir á los Abencerrajes, y cómo por su causa se habían tornado cristianos, y á él le aborrecía toda Granada, y cómo estaban amotinados y conjurados contra él, y hasta su padre le procuraba quitar el reino y aun la vida. Imaginando en estas cosas y otras muchas, venia á perder el juicio. Maldecia á los Zegries y Gomeles porque le habían dado tan malos consejos, y á él porque los había recibido. Llorando todas estas desventuras se tenía por el rey mas desdichado de todo el mundo, y no osaba parecer de vergüenza ó de temor; por lo cual no le visitaban los Zegries y Gomeles.

Bien se holgara el rey Chico de que su amada Sultana quisiera volver á su amistad; mas era imaginacion y trabajo muy en vano, porque, aunque ella quisiera, cuanto mas que no estaba dese parecer, sus deudos no lo consentían; y con todo esto pidió á Muza que desenojase á la reina, y alcanzase della el perdon, y la dijese cuán arrepentido estaba, y que viniese á hacer vida con él. Muza pidió á la reina y á sus parientes todo lo que el rey Chico le había pedido, y no fué posible alcanzar alguna cosa de lo que le pedía; y así volvió, y dió al rey la respuesta que había dado la reina. Con esto el rey se deshacia en pena; mas consolábase con que había de procurar traer á su amistad á todos los caballeros que pudiese, y á los ciudadanos y gente plebeya, para irse apoderando de toda la ciudad; y así iba adquiriendo amigos, y á todos les pedía perdon diciéndoles que él había sido mal aconsejado, y aunque habían pagado su delito los promovedores y consejeros, que ellos verían la enmienda que tenía de allí adelante, y que lo sucedido le había de ser escarmiento para mientras viviera, como lo verían, y el tratamiento que haría á sus vasallos; y como era heredero forzoso del reino, muchos grandes le obedecían con toda la mas gente comun. Nunca pudo reducir á su obediencia á ninguno de los Almoradis, Marines, Alabeces, Gazules, Venegas ni Aldoradines, que estos seis linajes seguían la parte del rey viejo, y la de su hermano el infante Abdali.

En este tiempo el rey Mulahazén, como hombre valeroso, no habiendo perdido sus bríos y braveza de corazón, ordenó de hacer una entrada en el reino de Murcia, y así, juntando mucha y muy lucida gente, prometiendo buenos sueldos á los de á caballo y de á pié, salió de Granada llevando consigo dos mil hombres de á pié y de á caballo, y se fué á la ciudad de Vera, y tomando el camino de la costa, por dejar á Lorca, salió á los Almazarrones, y de allí fué á Murcia, y recorrió todo el campo de Sangonera, cautivando mucha gente. Don Pedro Fernandez, adelantado

del reino de Murcia, salió con la mas lucida gente que pudo á resistir al moro, que andaba corriendo el campo con gran pujanza; y encima de las lomas del Azul, día de San Francisco, se rompió la batalla entre moros y cristianos, la cual fué muy sangrienta y reñida; mas fué Dios servido, por intercesion del bienaventurado santo, que don Pedro Fajardo con la gente de Murcia, mostrando grandísimo valor, venció á los moros, y desbarató y prendió al rey.

Viéndose desbaratados los moros, huyendo volvieron á Granada, donde se supo la prision del rey Mulahazén y pérdida de todo su campo, lo cual se sintió en toda la ciudad, si no fué el infante Abdali que se holgó mucho de la prision del rey su hermano, porque por allí entendió alzarse con todo el reino, y así escribió al adelantado don Pedro, que le hiciese merced de tenerle al rey su hermano preso hasta que muriese, y que por ello le daría las villas de Velez el Blanco, y el Rubio, Jiquena y Tirezta. Mas el adelantado, considerando la traicion que el infante quería hacer, no quiso aceptar su oferta, antes dejó ir libremente al rey y á los que con él fueron cautivos; el cual como llegó á Granada, halló á Abdali apoderado del Alhambra, diciendo que su hermano se la había dejado en guarda. Mulahazén muy enojado desto, y mas por la traicion que le quiso hacer, se retiró en el Albaicín, adonde él y su mujer estuvieron muchos dias. La madre de Mulahazén, vieja de ochenta años, habiendo visto la liberalidad del adelantado, le envió diez mil doblas, el cual no las quiso recibir, y le envió á decir que se las diese á su hijo para que hiciese guerra á su hermano. Visto que no había querido recibir los dineros, le envió ciertas joyas muy ricas, y doce poderosos caballos enjaezados, todo lo cual recibió don Pedro Fajardo. A pocos dias se volvieron al Alhambra, porque su hermano se la dejó libre, entendiendo que el rey no sabía nada de las cartas que le había enviado á don Pedro Fajardo. Mulahazén disimuló aquel negocio, y lo guardó para su tiempo, mas indignado contra su hermano, y contra los que le fueron favorables, y todavía le dejó la administracion del gobierno. A este Mulahazén le llamaron el Zagal, y Gadabli; mas su nombre propio y mas usado era el de Mulahazén. Esta batalla y prision deste Mulahazén escribió el moro coronista deste libro, y yo doy fe que en la iglesia mayor de Murcia, en la capilla de los marqueses de los Velez, hay una tabla encima del sepulcro de don Pedro Fajardo, en la cual se cuenta el suceso de aquesta batalla.

Volviendo á nuestro propósito, el rey Mulahazén, muy enojado por lo que el gobernador su hermano había hecho, hizo un día su testamento diciendo: «que en fin de sus dias fuese su hijo heredero del reino, y que echase del al infante su hermano, y á todos los de su bando.» Esto decía, porque seguían al infante Abdali muchos caballeros Almoradis y Marines, los cuales sustentaban la parte del infante. Por este testamento hubo después en Granada muchos alborotos, y entre los ciudadanos guerras civiles, como después desto sucedieron; pues estando el rey Mulahazén en el Alhambra, y Granada, como de antes solia, debajo de la gobernacion de dos reyes y un gobernador, no por eso dejaron los Almoradis de buscar modos y maneras para que totalmente el rey Chico fuese privado del reino; mas no podían hallar ninguna comodidad que buena fuese, respecto que los Zegries y Gomeles estaban de su parte con otros muchos caballeros, que reconocían que aquel era finalmente el heredero del reino; pero no por esto dejaban de buscar asechanzas, y mil ocasiones tío contra sobrino, y sobrino contra tío; pero como el rey Chico estaba odiado de los mas principales caballeros, no pudo salir por entonces con su intencion en nada, ni pudo espeler á su tío del cargo que tenía, y así aguardaba tiempo para ejecutar su intencion; y por alegrarse un día se paseaba por la ciudad con otros principales caballeros, por

dar alivio á sus penas, rodeado de sus Zegries y Gomeles, y le vino una muy triste nueva, como los cristianos habian ganado la ciudad de Alhama; con la cual embajada hubiera el rey de perder el sentido, así por perder aquella ciudad, como por el peligro que tenia Granada de ser cada dia corrida de cristianos.

Tanto fué su sentimiento, que al mensajero que trajo la nueva le mandó matar; y subiéndose al Alhambra lloró la pérdida de su ciudad, y mandó tocar añafles y trompetas de guerra, para que con muy gran presteza se juntasen toda la gente y fuera al socorro de la ciudad de Alhama. La gente de guerra se juntó toda al belicoso son de las trompetas, y preguntándole al rey que para qué los mandaba juntar, respondió: «que para socorrer á Alhama, que la habian ganado los cristianos.» Entonces un Alfaquí viejo le dijo: «por cierto que se emplea muy bien tu desventura en haber perdido á Alhama; y merecias perder todo el reino, pues mataste á los nobles caballeros Abencerrajes, y á los que quedaban mandaste desterrar del reino; por lo cual se tornaron cristianos, y ellos propios son los que te hacen la guerra. Acogiste á los Zegries, que eran de Córdoba, y te has fiado dellos; pues ahora irás al socorro de Alhama, y di á los Zegries que te favorezcan en semejante desventura como esta.» Por esta embajada que al rey le vino de la pérdida de Alhama, y por lo que este moro Alfaquí le dijo, y por la muerte de los Abencerrajes, se dijo aquel romance antiguo tan doloroso para el rey, que dice en arábigo, traducido al castellano, desta manera:

Pasebase el rey moro
Por la ciudad de Granada
Desde la puerta de Elvira
Hasta la de Vivarambla.
Cartas le fueron venidas
Que Alhama era ganada:
Las cartas echó en el fuego,
Y al mensajero maltrata:
Descabalgó de una mula
Y en un caballo cabalgó;
Por el Zacatin arriba
Subido se ha al Alhambra.
Cuando en el Alhambra estuvo,
Al mismo tiempo mandaba
Que le toquen sus trompetas,
Los añafles de plata;
Y que las cajas de guerra
Apriesca toquen al arma,
Porque la oigan sus moros,
Los de la Vega y Granada.
Los moros que el son oyeron,
Y al sangriento Marte llaman,

De uno á otro, y dos á dos,
Juntados ha gran balala.
Allí salió un moro viejo,
Y desta manera hablara:
«¿Para qué nos llamas, rey,
Para qué es esta llamada?»
«Habeis de saber, amigos,
Una nueva desdichada:
Que cristianos de braveza
Ya nos han ganado á Alhama.»
Allí habló un Alfaquí
De barba crecida y cana:
«Bien se te emplea, buen rey;
Buen rey, bien se te emplean;
Mataste los Bencerrajes,
Que eran la flor de Granada,
Acogiste advenedizos
De Córdoba la nombrada.
Por eso mereces, rey,
Una pena bien doblada:
Que te pierdas tu y tu reino,
Y que se pierda Granada.»

Este romance se hizo en arábigo en aquella ocasion de la pérdida de Alhama, el cual era muy doloroso, y tanto que vino á vedarse en Granada que no le cantasen, porque cada vez que le cantaban en cualquiera parte provocaba á llanto y dolor: después se cantó en lengua castellana de la misma manera, que decia:

Por la ciudad de Granada
El rey moro se pasea;
Desde la calle de Elvira
Llegaba á la plaza Nueva.
Cartas le fueron venidas,
Que le dan muy mala nueva,
Que habian ganado á Alhama
Con batalla y gran pelea.
El rey con aquestas cartas
Grande enojo recibiera;
Al moro que se las trajo
Mandó cortar la cabeza.
Las cartas hizo pedazos
Con la saña que le ciega;
Descabalgó de una mula,
Y cabalgó en una yegua.
Por la calle el Zacatin
Al Alhambra se subiera;
Trompetas mandó tocar
Y las cajas de pelea,
Porque lo oyeron los moros
De Granada y de la Vega.

Uno á uno, dos á dos,
Grande escuadron se hiciera.
Cuando los tuviera juntos
Un moro allí le dijera:
«¿Para qué nos llamas, rey,
Con trompa y cajas de guerra?»
«Habeis de saber, amigos,
Que tengo una mala nueva,
Que la mi ciudad de Alhama
Ya del rey Fernando era.
Los cristianos la ganaron
Con muy crecida pelea.»
Allí habló un Alfaquí,
Desta manera dijera:
«Bien se te emplea, buen rey;
Buen rey, muy bien se te emplea;
Mataste los Bencerrajes,
Que eran la flor desta tierra.»
«Acogiste á advenedizos
Que de Córdoba vinieran;
Y así mereces, buen rey,
Que todo el reino se pierda.»

Pues volviendo al caso, así como el rey juntó gran copia de gente, al punto sin poner en ello dilacion, salió de Granada para ir al socorro de Alhama, imaginando que la habia de remediar; mas su cuidado y trabajo fué en vano, porque cuando llegó á Alhama ya los cristianos estaban apoderados de la ciudad y del castillo, y de todas sus torres y fortalezas; pero con todo eso hubo una muy grande escaramuza entre moros y cristianos: allí murieron mas

de treinta Zegries á manos de los cristianos Abencerrajes, que allí habia mas de cincuenta que estaban á la orden del marqués de Cádiz. Finalmente, por el gran valor y esfuerzo de los caballeros cristianos fueron desbaratados los moros; lo cual visto por el rey de Granada, se volvió sin hacer en aquella ocasion cosa de provecho.

Así como llegó á Granada volvió á hacer mas gente y en mas cantidad, y volvió sobre Alhama, y una noche secretamente la hizo echar escalas y entraron dentro algunos moros; y así como fueron sentidos de cristianos, tocaron al arma y pelearon con los moros que habian entrado, y los mataron y se pusieron á la defensa. Y viendo el rey que trabajaba en vano, se volvió muy triste, y envió por el alcaide de Alhama para degollarle, que se habia retirado a Loja á su fortaleza. Los mensajeros del rey, presentando los recados que llevaban para prenderle, le prendieron y le dijeron cómo le mandaba cortar la cabeza y llevarla á Granada, y ponerla encima de las puertas del Alhambra, porque fuese á él castigo y á otros temor, pues habia perdido una fuerza tan importante. Y siendo preso, dijo el alcaide que él no tenia culpa de aquella pérdida, que el rey le habia dado licencia para ir á Antequera á bodas de una hermana suya, que el alcaide Rodrigo de Narvaez la casaba con un caballero, y que ocho dias le habian dado de término mas que los que habia pedido, y que á él le pesaba mucho de la pérdida de Alhama, porque si el rey la perdía, él habia perdido sus hijos, mujer y hacienda. No bastó esta disculpa que dió el alcaide, y así le llevaron á Granada y le cortaron la cabeza; y por esto se hizo el siguiente romance:

Moro alcaide, moro alcaide,
El de la bellida barba,
El rey te manda prender
Por la pérdida de Alhama;
Y cortarte la cabeza
Y ponerla en el Alhambra,
Porque á ti sea castigo,
Y otros tiembien en mirarla;
Pues perdiste la tenencia
De una ciudad tan preciada.
El alcaide respondió,
Desta manera les habla:
«Caballeros y hombres buenos,
Los que regis á Granada,
Decid de mi parte al rey
Como no le debo nada.
Yo me estaba en Antequera
En bodas de una mi hermana;
Mal fuego queme las bodas
Y quien á estas me llevara;
El rey me dió la licencia
Que yo no me la tomara:
Pedía por quince dias,
Díome la por tres semanas.

Pues habiéndose hecho esta justicia del alcaide de Alhama, se comenzó á tratar entre todos los caballeros, que el tío del rey saliese con la gente de su bando á tomar venganza de la pérdida de Alhama, ó á buscar otras ocasiones para vengarse de los cristianos; á lo cual el tío les respondió, que harto hacia en guardar la ciudad y tenerla en paz, y que por esta causa no salian él ni los de su bando della. Tratando en estas cosas, todos los caballeros que estaban á la obediencia del rey Chico dijeron, que de ley de razon al hijo se le debía la corona y no al hermano, y que guardar esta ley era de caballeros nobles; y como esto se considerase, todos los mas linajes le dieron la obediencia al rey Chico, así como Gazules, Aldoradines, Venegas, Alabeces; y los deste bando, que eran enemigos de los Zegries, no atendieron á enemistades pasadas, pudiendo mas la razon que el rencor, y mas la nobleza que la malicia; de tal suerte, que con el tío del rey Chico no quedaron sino Almoradis, Marines y algunos caballeros y gente ciudadana. Pues todos estos, como hemos dicho, decian que el infante Abdali saliese á buscar algunas ocasiones contra cristianos, de suerte que se vengase la toma de Alhama, y que no estuviere arrinconado como hombre inútil y de poco valor, pues pretendia tener cetro y corona. A todo esto respondia el infante lo que habeis oido, y que él queria guardar á Granada, que era de mas importancia que ir á buscar cristianos á sus ca-

sas: lo mismo decian los Almoradis y Marines; y acerca desto Malique Alabéz, lleno de cólera y saña, les dijo: «que eran cobardes y ruines, y que no hacían á ley de caballeros en no salir á buscar cristianos con quien pelear, y querer por fuerza hacer rey á quien no lo merecia por su persona, ni le venia de derecho.» Los Almoradis oyendo estas palabras, pusieron mano á las armas contra los Alabeces, y ellos también. Los Gazules no se holgaron viendo este acontecimiento; y así pusieron mano en las armas y dieron en los Almoradis y Marines, de suerte que en poco tiempo mataron mas de treinta dellos, y los Almoradis mataron muchos Gazules y Alabeces. De tal manera se revolvieron los bandos unos con otros, que se ardia Granada, y se derramaba mucha sangre de ambas partes; mas siempre llevaron lo peor los Almoradis y Marines, aunque tenían de su parte gran copia de la gente comun, y otros linajes de caballeros; y tan mal les fué, que se hubieron de retirar todo lo mejor que pudieron al Albaicin. Los dos reyes salieron cada uno á favorecer su parte; y si no fuera por los Alfaqies, y por muchos señores que se pusieron por medio, perecieran, y también porque Muza, con mucha gente de á caballo, fué apaciguando la pendencia; y no sabia contra quién fuese, porque el rey Chico era su hermano, y el infante su tío; pero considerando que de rechamante era el reino de su hermano, era mas de su bando.

Este dia hubo tan grande revuelta, que fué causa para que el furor del amotinado pueblo cesase, y se reconciliaran en amistad; y así se hizo un crecido escuadron de gente de á caballo y de á pié. Y como el rey Chico les viese con tan grande voluntad de ir á pelear contra los cristianos, propuestos de morir ó vengar la pérdida de Alhama, salió de Granada con ellos, yendo con acuerdo de no detenerse hasta entrar bien adentro de Andalucía, y hacer una gran cabalgada, ó rendir alguna fuerza de cristianos; y con este propósito marcharon hasta llegar legua y media de Lucena, donde el rey mandó hacer de toda su gente tres batallas: la una tomó él á su cargo, y la otra dió á un alguacil mayor, y la otra á un capitán de Loja, llamado Aliatar, y todos corrieron la tierra é hicieron una muy gran presa. Esta corrida de los moros se supo en Lucena, Baena y Cabra; y así se salió el conde della, y el valiente alcaide de los Donceles con mucha gente, y pelearon con los moros; los cuales, como vieron venir tal tropel de cristianos, juntaron sus tres batallas, y pusieron en medio la cabalgada. Los valientes andaluces dieron en los moros de tal forma que, aunque se defendieron con gran valor, fueron desbaratados, y junto al arroyo del Puerco, que otros llaman el arroyo de Martin Gonzalez, fué preso el rey de Granada, y otros muchos con él. Los moros que escaparon fueron huyendo la vuelta de Granada. El rey fué llevado á Baena, y de allí á Córdoba, para que le viesse el rey don Fernando.

Fuéronle enviados mensajeros al Rey Católico para que tratase de rescate del rey Chico; y sobre sí rescataria, ó no, hubo muchas diferencias entre los del consejo y grandes de Castilla. Al fin se acordó de darle libertad con que fuese vasallo del rey don Fernando; y así juró de ser leal y fiel con que le diese su favor y ayuda para conquistar algunos lugares que no le querian obedecer, sino á su padre. El rey don Fernando lo prometió así, y le dió cartas para todos los capitanes cristianos que estaban en las fronteras de Granada, para que le ayudasen en lo que el rey Chico quisiese, y que á los moros que quisiesen ir á labrar tierras fuera de Granada no se les hiciese perjuicio. Y habiendo asentado y jurado todo lo dicho, pidió licencia el rey de Granada al Rey Católico, y dándosele con muchos presentes, se fué á su patria. Y como su tío Abdali y los demás caballeros de Granada supieron el trato que habia hecho el reyecillo con el rey don Fernando, les pareció muy mal; y recelándose de que por esta causa se

perdiese Granada, el infante Abdali les hizo á todos el siguiente parlamento, diciendo así:

«Claros, ilustres y muy esforzados caballeros, que tan injusto odio me teneis, sin razon ni legitima causa: bien sabeis cómo mi sobrino fué alzado por rey de Granada, sin ser muerto mi hermano Mulahazén, su padre, por una causa muy lijera; solo porque degolló cuatro caballeros Abencerrajes, que lo merecian, y por esto le quitasteis la obediencia, y alzasteis á su hijo por rey contra toda razon y derecho; y mi sobrino, habiendo con vuestro favor degollado treinta caballeros Abencerrajes sin ninguna culpa; habiendo levantado tal testimonio á su mujer, reina nuestra, por donde tantos escándalos, muertes y guerras civiles ha habido en esta ciudad, le teneis obediencia y le amais, sin mirar que no es digno de ser rey, pues su padre es vivo; y sin esto mirad ahora lo que ha hecho y concertado con el rey don Fernando de Castilla, que le han de dar gente belicosa para hacer guerra con ella á los pueblos que no le han querido obedecer, y siempre han estado en la obediencia de su padre; y mas, le da al rey cristiano tantas mil doblas de tributo, después de haberse perdido él y los suyos en esta entrega que ha hecho tan sin causa. Ya que Alhama fué perdida, no tenia necesidad sino de reparar las fuerzas, pues Alhama no se podia cobrar al presente, y por tiempo se pudiera restaurar. Pues considerando ahora, caballeros, á vos digo, Zegries, Gomeles, Mazas y Venegas, allegados á mi sobrino con tanta vehemencia, si ahora metiese gente cristiana y guerras en Granada, ¿qué esperanza podriais tener, y qué seguridad para que no se levantasen con su tierra? ¿No sabeis que los cristianos son gente feroz y belicosa, todos con ánimo levantado hasta el cielo? Si no, mirad lo de Alhama cómo ha sido, y cuán presto la han atropellado. Pues Alhama gente de guerra tenia dentro para defenderla; mirad cómo no la defendieron. Pues si entrasen estos en Granada, y tuviesen lugar de ver las murallas y torres, ¿quién quita que luego no fuese ganada por los cristianos? Abrid, amigos, los ojos, y no deis lugar á mayores males. Mi sobrino no sea admitido por rey, pues es amigo del rey cristiano. Mi hermano es rey, y por ser ya viejo tengo yo el gobierno de la corona real; si él muere, y mi padre fué rey de Granada, ¿por qué no lo seré yo, pues de legitimo derecho me viene, y la razon lo pide? De necesidad es menester; ahora cada uno responda, y dé su voto á lo que tengo propuesto y dicho, y sea la respuesta tocante al bien del reino.»

Fueron tan eficaces estas razones que dijo el infante Abdali contra su sobrino, que los Alfaqies y demás caballeros, especialmente Almoradis y Marines, fueron de comun acuerdo que el rey Chico no fuese admitido en Granada, y que el tío fuese alzado por rey, y entregado en el Alhambra; lo cual le fué dicho á Mulahazén, el que agravado de pesadumbres y males salió de su voluntad del Alhambra, y se apoderó en el Alcázar, junto con su familia; y su hermano fué apoderado en el Alhambra con título de rey, aunque contra la voluntad de los Zegries, Mazas, Gomeles, Gazules, Alabeces, Aldoradines y Venegas; pero disimularon por ver en qué paraban aquellas cosas. El rey Chico llegó á Granada con muchas joyas y presentes que el rey don Fernando le habia dado. Los de Granada no le quisieron acoger ni recibir, diciéndole que el moro que hacia alianzas y paces con los cristianos no habia que fiar dél. Visto por el rey que no le querian recibir, y sabiendo que su tío estaba apoderado en el Alhambra, se fué á la ciudad de Almería, que era tan grande como Granada, y de tanto trato, y cabeza de reino, donde le recibieron como á su rey. Desde allí requería á algunos lugares que le diesen la obediencia, y si no, que los destruyera. Los lugares no se la quisieron dar, por lo cual les hacia guerra con cristianos y moros.

En esta sazón murió el rey viejo, con cuya muerte se

renovaron los bandos; porque visto el testamento que habia hecho en vida, hallaron en él la traicion que su hermano habia intentado contra él, y cómo dejaba su hijo por heredero del reino, y que fuese obedecido de todos, y si no, que la maldición de Mahoma viniese sobre ellos. Por esto comenzaron nuevos escándalos, porque el reino le venia al hijo de Mulahazén, y no al infante. En esto estuvieron tratando muchos dias, en los cuales le aconsejaron al infante que procurase con diligencia matar á su sobrino, y muerto reinaria en paz. Admitió este consejo, y determinó el ir á Almería á matarle; y primero escribió á los Alfaquies de Almería lo que su sobrino habia tratado con el rey don Fernando, de lo cual les pesó, y le enviaron á decir que ellos darian entrada secretamente en Almería; que le viniese á prender ó matar. Vista esta respuesta por el infante, se partió con secreto llevando algunos caballeros consigo, y en llegando á Almería, los Alfaquies les entraron secretamente, y cercando la casa real, procuró prender ó matar á su sobrino; pero oyendo el alboroto, avisaron al rey Chico, y él escapó huyendo con algunos de los suyos, y se fué á tierra de cristianos. El infante quedó muy enojado por haberse escapado el sobrino; pero allí en Almería halló un muchacho, sobrino suyo y hermano del rey Chico, y le hizo degollar, porque si el Chico moria, pudiese él reinarse, sin que nadie se lo impidiera: pasado esto, se volvió á Granada, donde estuvo apoderado del Alhambra y ciudad, y obedecido por rey del reino, aunque no del todo, porque todavía entendian que aquel no era su señor natural.

El rey Chico se fué adonde estaba el rey don Fernando y la reina doña Isabel, y contó toda su tragedia; de todo lo cual pesó mucho á los cristianos reyes, y le dieron unas cartas al rey moro para el gobernador y capitán de todas las fronteras del reino de Granada, especialmente para Benavides, que estaba en Lorca con gente de guarnicion; y dando al rey moro muy gran cantidad de dinero y otras cosas de valor, le envió á Velez el Blanco, donde fué bien recibido él y los suyos; y asimismo en Velez el Rubio, donde estaba un alcaide moro, que se decia Alabéz, y en Velez el Blanco estaba un hermano suyo. Estando aquí el rey Chico entraba y salia en los reinos de Castilla á cosas que le cumplian, donde era de los cristianos favorecido por mandado del rey don Fernando; y á este tiempo habian ganado los cristianos muchos lugares de Granada, así como Ronda, Marbella y otros pueblos comarcanos, Loja y sus contornos. El tío del rey Chico no se aseguraba un punto, porque tenia el reino tiranizado, y siempre procuraba la muerte del sobrino, porque no reinase, y prometia muchas cosas á quien le matase con yerbas ó violentamente; y no faltaron cuatro moros codiciosos á las promesas, que le dieron palabra de matar al rey Chico; y para la ejecución los envió con cartas para su sobrino, porque no se recelase dellos, atento á que él no le hacia guerra, y que como de paz le enviaba aquel mensaje con blandas y cautelosas palabras, que decian así:

«Amado sobrino: no obstante las causas de las pasadas guerras que habemos tenido por el reino, sabiendo ya que verdaderamente es vuestro por una cláusula del testamento de mi hermano, donde dice que vos sois heredero del, he acordado que seais entregado en la posesion del, y le recebais debajo de vuestro amparo, como rey y señor del, dándome un lugar en que esté contento para pasar mi vida, que con esto vivirá gustoso; y mirad que os lo requiero de parte de Dios todopoderoso, y de Mahoma, su fiel mensajero, porque el reino de Granada se va perdiendo, sin que en nada haya reparo. Por tanto, vistos, estos mis recados, vos venid á Granada muy seguro, como rey y señor della. De todo lo pasado estoy muy arrepentido, y así espero el perdon de vos, como de mi señor y rey; y mirad que si tenemos division y guerras civiles, el reino será perdido; y no viniendo á él, le entregaré á

vuestro hermano Muza, el cual lo tiene por deseo de gobernar; y si él se apodera del reino, y los grandes le juramos por rey, con dificultad será desposeido. Cesó, y de Granada etc. — *Muley Abdali.*»

Esta carta dió el infante á cuatro moros valientes y conjurados, para que en acabándose de dar le matasen; y si no pudiesen buenamente salir con su intencion, que se viniesen. No faltó quien diese aviso desto al rey Chico para que se guardase. Llegados los mensajeros á Velez el Blanco preguntaron al alcaide Alabéz por el rey. El respondió, que allí estaba; y qué era lo que querian. «Traemos unos recados del rey su tío.» Alabéz dijo: «¿Cómo puede ser su tío rey, habiendo legitimo heredero en el reino?— Eso no sabemos nosotros, respondieron los mensajeros, mas de qué nos mandó venir con estos recados.— Pues dadme las cartas, dijo el alcaide, que vosotros no le podeis entrar á hablar.— No las podemos dar sino en sus manos, respondieron ellos.— Pues aguardad aquí avisaré al rey, dijo Alabéz;» y lo hizo, y dijo si los dejaria entrar ó no. El rey mandó que los dejase entrar para oír su mensaje; y mandó á doce caballeros Zegries y Gomeles que estuviesen prevenidos en su sala por si habia alguna traicion. Esto hecho, y el alcaide alistado de armas, volvió á los mensajeros, y les dijo que entrasen; y entrados donde estaba el rey, y viéndole que estaba tan acompañado, disimularon, y alargando la mano el un mensajero para darle al rey los despachos, se los quitó el alcaide, y se los dió al rey; y abriendo la carta la leyó toda, y como estaba avisado de la traicion, mandó luego que prendiesen á los mensajeros, y dándoles tormento confesaron la verdad, y fueron sentenciados á muerte, y los ahorcaron de las almenas del castillo; y el rey Chico respondió á su tío en una carta lo siguiente:

«El muy poderoso Dios, criador del cielo y la tierra, no quiere que las maldades de los hombres estén ocultas; sino que á todos sean patentes, como ha hecho en haber descubierto tu maldad. Recibí tu carta, mas llena de engaños que el caballo de los griegos. Ahora me prometes amistad, que estás harto de perseguirme, matando á mis familiares y caballeros que me seguian. Traigo por testigos desto á los de Almería que lo sabian, y á mi inocente hermano que degollaste. No sé por cuál razon hiciste tal crueldad; mas yo confio en Dios que algun dia me lo pagarás con tu cabeza, y los de Almería no quedarán sin castigo. El reino que tienes era de mi padre, y de derecho es mio; quereisme todos mal, porque trato con cristianos: bien sabeis que por comunicar con ellos labran los moros sus tierras, y tratan en sus mercaderías seguramente: los cuales no lo hacen estando debajo de tu dominio contra toda razon. Avisote que algun dia he de estar sobre tu cabeza, y me pagarás la traicion que contra mi padre cometiste, y la que á mi ahora querias hacer debajo de tus melosas palabras; pues sábete que adonde tú estás tengo quien me da aviso de tus traiciones. Enviaste cuatro mensajeros, tales como tú, para que me diesen muerte, y pagaron su maldad, y confio que tú pagarás la tuya. Las joyas que me enviaste las quemé en pública plaza á vista de todos, recelándome de tus traiciones. No sé por qué las usais siendo de linaje de reyes, y teniéndos por tal: no mas. De Velez el Blanco etc. — *El rey de Granada natural.*»

Esta carta escrita la envió á Granada con otra que iba para Muza, y él se la dió á su tío, el cual como supo que á los mensajeros que él envió para matar á su sobrino los habian ahorcado habiendo confesado la traicion, se halló muy confuso; mas disimulando, andaba cuidadoso y con recato de su persona. Muza leyó la carta de su hermano, y decia:

«No sé, amado hermano, cómo tu valor consiente que un tirano sin razon ni ley tenga usurpado el reino de nuestro padre y abuelos, y que me persiga y tenga des-

terrado de lo que es mio. Si están mal conmigo los Almoradí y Marines por la muerte de los Abencerrajes, quien fué la causa dello pagó la culpa, y yo como rey usaba justicia. Si siendo cautivo traté amistad con cristianos, fué por mi libertad, y por el bien de Granada, porque con el favor dellos las tierras se labran. Poco hacia al caso pagar al rey tributo, dejando nuestro reino en paz. Ahora veo que va peor teniendo Granada otro rey, porque los cristianos se van apoderando del reino, y ensanchando el suyo. Por Dios te ruego, que pues tu valor es para todos bastante, que tomes á tu cargo mi defensa por la honra de ambos; y considera la ambicion deste tirano, pues derramó la sangre de nuestro inocente hermano. Dame aviso de todo. De Velez el Blanco etc. — *Tu hermano el rey.*»

Así como Muza leyó la carta de su hermano, fué muy indignado contra su tío, especialmente por la muerte de su terno hermano; y así luego enseñó la carta á sus amigos los caballeros Alabeces, Almoradí, Gazules, Venegas, Zegries, Gomeles y Mazas, porque también eran amigos de su hermano; y habiendo visto por ella la disculpa que daba de la muerte de los Abencerrajes, y el arrepentimiento que mostraba del testimonio levantado á la reina, acordaron entre todos los caballeros de escribir al rey Chico que viniese á Granada con secreto, y que entrase en el Albaicin por la puerta de Fajalauza, y que se entregaria de la fortaleza de Blo Albulut, antigua morada de los reyes, porque era alcaide della Muza. Aquesta carta fué enviada al rey Chico, el cual como la leyó y vió la firma de su hermano Muza y de algunos caballeros, luego se dispuso para ir á Granada, y también porque se le iban los moros que tenia en su guarda y servicio, y le quedaban ya pocos; y así se partió y llegó una noche muy oscura á la puerta de Fajalauza con solos cuatro de á caballo, porque los demás se habian quedado apartados un poco atrás, y como llegó llamó á la puerta. Los guardas preguntaron quién era, y él dijo: vuestro rey soy. Luego le conocieron, y como estaban ya avisados de Muza que si viniese le diesen franca puerta, al punto le abrieron, y entró con toda su gente. En sabiendo Muza su venida le fué á recibir, y le metió en la fuerza del Alcazaba. Aquella noche fué él rey á casa de algunos caballeros de los mas principales del Albaicin á decirles su venida, y cómo era para cobrar su reino con su ayuda. Todos los caballeros le prometieron su favor; y habiendo visitado á los caballeros de consideracion se volvió al Alcazaba.

Al otro dia por la mañana se supo por toda la ciudad de Granada la venida del rey Chico, y tomaron las armas para ofenderle como á rey. El rey viejo su tío que estaba en el Alhambra, como supo la venida de su sobrino el rey Chico, hizo armar mucha gente de la ciudad para pelear contra los del Albaicin, y entre unos y otros hubo una cruel batalla, en la cual murieron muchos de ambas partes. De la parte del rey viejo eran Aldoradines, Marines, Alabeces, Bencerrajes y otros muchos caballeros. De la parte del rey Chico eran Zegries, Gomeles, Mazas, Venegas, Alabeces, Gazules, Aldoradines y otros muchos caballeros principales. Fué tan reñida aquesta refriega que ninguna de las pasadas le llegó, porque hubo mucha mortandad y derramamiento de sangre. El valor de Muza, que seguia la parte de su hermano, era causa de que los de la ciudad lo pasasen peor, aunque ya les tenian aporillado el muro por tres ó cuatro partes; lo cual visto por el rey Chico, envió á gran priesa á pedir socorro á don Fadrique, capitán general puesto por el rey don Fernando, haciendo saber como estaba en el Albaicin en gran peligro, porque su tío le hacia cruel guerra. Don Fadrique le socorrió por mandado del rey Chico, y le envió mucha gente de guerra, arcabuceros todos, y por capitán dellos á Hernando Alabéz, alcaide de Colomera. Con este socorro los moros se holgaron mucho, especialmente porque don Fa-

drique les envió á decir que peleasen como varones fuertes por su rey, que era aquel, y que les daba palabra que seguramente podian salir á la Vega á sembrar y labrar sus tierras sin que nadie se lo estorbase. Con este favor tomaron grande ánimo los moros, y peleaban como leones con el ayuda de los cristianos, á los cuales no les faltaba nada de lo que habian menester. Estas batallas duraron cincuenta dias, sin cesar de pelear de dia y de noche, y después dellos se retiraron los de la ciudad con mucha pérdida de su gente, por el valor de los cristianos y de Muza; y el rey Chico reparó las murallas, y puso gran defensa para estar seguro. Los cristianos fueron muy bien tratados; los moros del Albaicin salian á la Vega y á sus campos á labrar las tierras, todo lo cual fué causa para que casi los mas siguiesen el bando del rey Chico; pero no por esto se dejaban las continuas batallas entre los de la ciudad y Albaicin. Los moros de la ciudad tenian mas trabajo, porque peleaban con los cristianos de las fronteras, y con los moros del Albaicin; de suerte que de continuo tenian guerra.

En este tiempo fué cercada Velez-Málaga por el rey don Fernando. Los moros de Velez enviaron á pedir socorro á los de Granada. Los alfaquies amonestaron y requirieron al rey viejo que fuese á favorecer á los moros de Velez. El rey cuando lo supo se turbó, porque nunca imaginó que los cristianos osarian entrar tan adentro, y temióse salir de Granada, recelándose que en saliendo se alzaría su sobrino con la ciudad, y se apoderaria en el Alhambra. Los alfaquies le daban priesa diciendo: «di, Muley, ¿de qué reino piensas ser rey, si todo lo dejas perder? Las sangrientas armas que sin piedad moveis en vuestro daño aquí en la ciudad, movedlas contra los enemigos, y no matando á los mismos naturales.» Estas cosas decian los alfaquies al rey, y predicando por las calles y plazas, que era justo y conveniente cosa que Velez-Málaga fuese socorrida. Tanta era la persuasion destes alfaquies, que al fin se determinó de ir á socorrer á Velez-Málaga; y habiendo llegado se puso en lo alto de una sierra, dando muestra de toda su gente. Los cristianos le acometieron, y no osó aguardar, sino se volvió huyendo él y su gente, y dejaban los campos por donde pasaban poblados de muchas armas, por poder huir á la lijera. El rey se fué á Almuñécar, y de allí á la ciudad de Almería y Guadix. Todos los demás moros se tornaron á Granada, donde sabiendo los alfaquies y caballeros lo poco que habia hecho el rey en aquella jornada, y que como cobarde habia huido, llamaron al rey Chico, y le entregaron el Alhambra, y le alzaron por su rey, á pesar de los caballeros Almoradí y Marines, y de todos los demás de su bando, que eran muchos; aunque es verdad que los de la parte del rey Chico eran mas, y todos muy principales. Habiendo entregado al rey Chico la Alhambra y todas las demás fuerzas, en las cuales puso gente de confianza, los moros le suplicaron pidiese al rey don Fernando seguro para que la Vega se sembrase; y así lo envió á suplicar, y que todos los lugares de moros que estaban fronteros de los lugares de cristianos, que le obedeciesen á él, y no á su tío, y que para ello les daria seguro de que pudiesen sembrar y tratar en Granada segura y libremente. Todo lo cual le otorgaron los Reyes Católicos por ayudarle; y así el rey cristiano escribió á los lugares de los moros que obedeciesen al rey Chico, pues era su rey natural, y no á su tío; y que él les daba seguro de no hacerles ningun mal ni daño, y que pudiesen labrar sus tierras. Los moros con este seguro lo hicieron así, y asimismo escribió el rey cristiano á todos los capitanes de las fronteras que no hiciesen mal á los moros fronterizos; lo cual cumplieron, y los moros andaban muy alegres y contentos, y dieron la obediencia al rey Chico. El rey Chico, habiendo hecho todo aquesto, y dado contento á sus ciudadanos y aldeanos, mandó cortar las cabezas á cuatro caballeros Almo-

radis que le habían sido muy contrarios, y con esto cesaron las sangrientas y civiles guerras por entonces. Y por que la intención del moro coronista no fué tratar de la guerra de Granada, sino de las cosas que pasaron dentro della, y de las guerras civiles que en ella hubo, no pongo aquí la guerra sino el nombre de los lugares que se rindieron, tomada la ciudad de Velez-Málaga, que son estos:

Bentomiz, la villa de Comares, Dompera, la villa del Cestillo, Guadalta, Jaráz, Cavilla, Rubir, Pitargies, Lúcas, Jaranca, Alméjia, Mainete, Venaquer, Camillas, Alebonache, Canillas de Albaidas, Narija, Benicorán, Cafis, Buenas, Alboraba, Alcuchavia, Alhitán, Daimas, Algorgi, Morgaza, Machara, Alhomaina, Benadaliz, Cimbochillas, Predilipe, Beiros, Sinarax, Hajar, Corterroyas, Alhacaquel Almería, Aprina, Aletín.

Estos lugares de Alpujarra se dieron á los Reyes Católicos, de lo cual les pesaba á los moros de Granada, teniendo tan gran recelo de perderse, como los demás lugares se habían perdido. Pues vengamos ahora al propósito: después de haber rendido á Velez-Málaga, los pusieron en tanto aprieto, que les faltó el mantenimiento, y muchas municiones de guerra; de suerte que estaban para darse. Los moros de Guadix, sabido este negocio, lo sintieron mucho, y los alfaquiles le rogaron al rey viejo que fuese á socorrer á Málaga, como lo hizo con mucha gente. El rey Chico supo deste socorro de su tío, y mandó juntar mucha gente de á pié y de á caballo, y fué Muza por capitán dellos para que les impidiese el paso, y los desbaratase; y así lo hizo, que les aguardó y salió al encuentro, y trabaron una cruel batalla, en la cual fueron muertos gran parte de los de Guadix, y los demás huyeron volviéndose á su tierra admirados del valeroso Muza y de los suyos. Luego el rey Chico escribió al rey don Fernando todo lo que había pasado con los moros de Guadix que iban al socorro de Málaga, de lo cual se alegró el Rey Católico, y se lo agradeció, y le envió un rico presente; y el rey Chico envió al rey don Fernando un presente de caballos, muy riquísimamente enjaezados, y á la reina envió paños de seda y perfumes. Los reyes cristianos escribieron á los capitanes y alcaides frontereros de Granada y sus lugares, le diesen favor al rey Chico contra su tío, y que no hiciesen mal ni daño á los moros, ni tratantes de Granada que fuesen á sembrar ó á labrar sus tierras. El rey de Granada envió á decir al rey don Fernando, que tenía noticia como los moros de Málaga no tenían bastimentos; que les impidiese que por mar ni por tierra les entrasen, y que se rendirían sin falta. Finalmente, dieron los cristianos tan gran batería á los cercados, que fué ganada Málaga y su distrito; y puesta buena guardia en Málaga y su costa, recibieron los Reyes Católicos una carta de Granada, enviada por los caballeros Alabeces, Gazules y Almoradines, la cual decía así:

«Muy poderosos señores: los dias pasados hicimos saber á vuestras Majestades los caballeros Alabeces, Gazules, Almoradines, y otros muchos desta ciudad de Granada, que somos de un bando del cual es también Muza, cómo queríamos ser cristianos, y entregar este reino á vuestras reales personas; y pues se ha dado fin glorioso á las cosas del Andalucía, se puede empezar la conquista deste reino por la parte de Murcia, que es cierto que los alcaides de las fronteras y del rio de Almanzor se entregarán luego sin defenderse, porque así está tratado entre nosotros; y siendo ganada Almería y su rio, que es el mas dificultoso, y Baza, se puede cercar á Granada; que te damos fe, como caballeros, de hacer tanto en tu servicio, que Granada se entregue á pesar de todos los que en ella viven. Muza en nombre de los vasallos arriba contenidos besa vuestras reales manos etc. De Granada.»

Escrita esta carta, fué enviada al rey don Fernando, el cual cómo entendió las razones y viendo cómo los caba-

lleros Abencerrajes que andaban en su servicio procedían tan bien como lo habían escrito, luego se puso en camino para Valencia, y allí hizo cortes; y con el grande deseo que tenía de acabar del todo aquel reino, se vino á la ciudad de Murcia, y allí fué discurrido cómo había de entrar por la parte de Vera y Almería; y resuelto en lo que había de hacer, se fué á la villa de Lorca para desde allí entrar en el reino de Granada. Fueron de la ciudad de Murcia con el rey don Fernando muchos caballeros muy principales, los cuales será bien declarar, porque su valor y proezas lo merecían, aunque no se nombrarán todos.

Fueron Fajardos, caballeros de claro linaje, Albornoces, Ayalas, Giles, Galeros, Carrillos, Clavillos, Guzmanes, Riquelmes, Avellanedas, Villaseñores, Comences, Ralones, Pereas, Fontes, Avalos, Valcárceles, Pachecos, Moncadas, Monzones, Guevaras, Melgarejos, Torrecillas, Llamas, Salares, Eustreros, Andosillas, Loaisas, Infrentes, Sayavedras, Hermasillas, Pelozones, Balboas, Vilos, Alarcones, Laras, Fauras, Zambranas, Cascales, Sotos, Sotomayor, Puxmarines, Varribreas, Paralexas, Saurines, Lázaro, Vorias, Peñaveleros, Escamóz, Dotos y Rosales, Jereces, Gomez, Mulas, Darines, Alburquerque, Loritas, Ponces de Leon; otros Guevaras, Cisones, Manchirones, Leones, otros Ponces de Leon, Gildranes, Rosiquies, Tomases, Tizonas, Paganes, Cernales, Alemanes, Rodas, Píneros, Hurtados. De la villa de Mula, Jerez de Avila y Gítar, Leivas, Correllas, Mazas, Melgarez. De Lorca salieron Moratas, Portales, Cozorlas, Perez de Tudela, Mutados, Quiñoneros, Píneros, Falconetes, Mateos, Rendones, Marcelas, Burgos, Alcázares, Romanes.

Finalmente, destes lugares referidos, Murcia, Lorca y Mula, salieron todos estos caballeros hijos-dalgo en servicio del rey don Fernando contra los moros del reino de Granada, y otros muchos que no se refieren por evitar prolijidad; los cuales mostraron bien el valor de sus personas en todas las ocasiones que se ofrecieron. En Lorca dejó el rey en Santa Maria una custodia de oro, y una cruz de cristal guarnecida de oro fino. Pues habiendo puesto el rey toda su gente en muy buena orden, se partió á Vera, en la cual estaba por alcaide un valiente moro, hijo del valiente Alabéz, que murió preso en Lorca. Llamábase también Alabéz, no menos valiente que el otro, el cual como supo la venida del rey don Fernando, luego se dispuso á entregarle la ciudad y fuerza, porque estaba tratado por cartas. Y así llegando el rey á una fuente que llaman del Pulpi, salió el alcaide Alabéz á recibirle, y le entregó las llaves de la ciudad de Vera y de su fuerza. El rey entró en la ciudad, y se apoderó della, y puso otro alcaide, y á Alabéz hizo muchas mercedes. No había sino seis dias que estaba en Vera el rey, cuando se le entregaron los lugares siguientes: Vera, Antas, Lorin, Sorbas, Teresa, Cabrera, Sotena, Cricantocia, Las Cuevas, Portilla, Obera, Zurgena, Guéscar, Velez el Blanco, Turbe, Mojacar, Uleyla del campo, Cuerbro, Tabernas, Ynox, Albreas, el Box, Santo Perar, Huéscar, Cijola, Pataloba, Finis, Albanabéz, Inmeytin, Ventiagla, Velez el Rubio, Tirieza, Jiquena, Purjena, Cullar, Benamantel, Castilleja, Orce, Galera, Utreza, Armuña, Bayarque, Sierto, Filabares, Vacares, Durca; y sin estos, otros muchos lugares del rio de Almanzor.

Los tres Alabeces suplicaron al Católico Rey que los mandase bautizar; conviene á saber: Alabéz, alcaide de Vera; Alabéz, alcaide de Velez el Rubio; y Alabéz, alcaide de Velez el Blanco. El rey se holgó mucho dello, y por ser principales caballeros mandó que los bautizase el obispo de Plasencia; y del alcaide de Vera fué padrino don Juan Chacon, adelantado de Murcia, y del alcaide de Velez el Rubio lo fué un principal caballero llamado don Juan de Avalos, hombre de grande valor, y muy estimado del rey por su grande bondad. Este Avalos fué alcaide de la villa de Cuellar, y él y otros caballeros naturales de la villa de

Mula, llamados Perez de Hita, pelearon con los moros de Baza, que cercaron la villa de Cuellar tan bravamente, que jamás se vió en tan pocos cristianos tan brava resistencia; y al fin los moros no la tomaron por ser tan bien defendida. Esta batalla escribe Hernando del Pulgar, coronista del rey don Fernando. Del nombre deste alcaide Avalos se llamó el alcaide de Velez el Rubio don Pedro de Avalos, á quien el rey don Fernando hizo muy grandes mercedes por su valor, y le dió y otorgó grandes privilegios, en que pudiese traer armas y tener oficios nobles en la república. Del alcaide de Velez el Blanco, hermano del que hemos dicho, fué padrino un caballero llamado don Fadrique. De aquestos tres famosos alcaides hay hoy dia deudos, en especial de Avalos. Desta suerte se iban tornando cristianos algunos de los mas principales alcaides destes lugares, entregándosele sin pensar.

Siendo el rey apoderado de todas estas fuerzas ya dichas, determinó de irse á Almería por ver su asiento, y ponerla cerco, dando lugar á los moros que se habían dado para que los que quisiesen se fuesen á Africa, ó adonde les pareciese, y que los que quisiesen estar quedos, que se estuviesen. Con esto el rey fué á Almería, donde tuvieron con los moros encuentros. Partióse de Almería el rey, dejando el cerco para después; y asimismo lo hizo en Baza, después de haber bien reconocido y visto donde podía poner sitio y real. Tuvo con los moros en Baza grandes encuentros, donde murieron muchos dellos; allí hizo don Juan Chacon cosas memorables. Levantóse el real, y fué á Huéscar, la cual se dió luego. Aquí mandó el rey despedir la gente de guerra, y él se fué á Caravaca á adorar la santa cruz que allá está, y de allí se partió á Murcia, donde estaba la reina doña Isabel, y descansó aquel año.

En este tiempo hubo grandes rebeliones en los lugares que se habían dado; pero el rey don Fernando los apaciguó enviando gente de guerra que los aquietase. El año siguiente puso cerco el rey don Fernando á la ciudad de Baza, donde hubo muchas escaramuzas y batallas entre moros y cristianos. Vino á tanto extremo de necesidad Baza, que pidió socorro al rey viejo, que estaba retirado en Guadix, y al rey Chico de Granada, mas este no quiso darla ningun socorro. El rey viejo envió bastimentos y gente de guerra á Baza. Muchos moros de Granada comenzaron á alborotar la ciudad; y visto que el rey della no quiso dar favor á los de Baza, decían que los cristianos ganaban el reino, y no eran socorridos los moros, y que era mal hecho; y así se salían muchos moros secretamente al socorro de Baza. El rey Chico, enojado contra los que alborotaban la ciudad, mandó hacer pesquisa dellos, y sabido les hizo cortar la cabeza. Al fin Baza se dió, y Almería y Guadix, porque el rey viejo las entregó. El rey don Fernando le dió ciertas villas en recompensa; pero á pocos dias se pasó á Africa. Así como se dieron las tres ciudades dichas, no hubo villa, lugar ni fortaleza que no se diese al Rey Católico; de suerte que todo el reino estaba aprisionado, salvo la ciudad de Granada; y así será bien dar fin á las guerras civiles, y tratar del rey della.

Ya dijimos cómo fué prisionero el rey Chico de Granada por el alcaide de los Donceles don Diego Fernandez de Córdoba, señor de Lucena, y por el conde de Cabra; y cómo el rey don Fernando le dió libertad, con condición que el moro le había de dar cierto tributo. Otrosi: entre estos dos reyes fué concertado que acabado de ganar á Guadix, Baza y Almería, y todo lo demás del reino, el rey Chico le había de entregar al rey don Fernando la ciudad de Granada y Alhambra, con el Alcázaba y Albaicín, Torres-Bermejas y castillo de Bibatambien, con todas las demás fuerzas de la ciudad; y que el rey don Fernando le había de dar al rey moro la ciudad de Purchena y otros lugares en que estoviese; para que con las rentas dellos

viviese hasta su fin. Pues habiendo el rey cristiano ganado á Baza, Guadix y Almería, con todo lo demás, luego envió sus mensajeros al rey moro que le entregase á Granada y fuerzas della, como estaba puesto en el concierto y trato, y que él le daría á Purchena y los lugares prometidos. A esto respondió el rey moro que estaba arrepentido del trato hecho; que aquella ciudad era muy grande y populosa, y llena de gente, naturales y extranjeros, de los que habían escapado de todas las ciudades ganadas, y que había diversos pareceres sobre la entrega de la ciudad, y aun se comenzaban nuevos escándalos en ella; y que aunque los cristianos se apoderasen de la ciudad, que no la podían sojuzgar: por tanto, que su Alteza pidiese dobladas parias y tributo, que le pagaría, y que no le pidiese á Granada, que no se la podía dar, y que le perdonase. Con aquesta respuesta se enojó el rey don Fernando, en ver que le quebraba la palabra, y tornó á replicarle que tenía determinado de darle á Purchena y otros lugares; y que pues le faltaba de su promesa, no le daría sino otros pueblos no tan buenos; y que pues decía que la ciudad de Granada no podía ser sojuzgada, que él se avendría con la gente, y que siendo entregado en las fuerzas, y quitando las armas á los moradores, los allanaría con facilidad; y que si no le entregaba la ciudad le harían cruel guerra.

Turbado el moro de la resolución del rey cristiano, juntó todos sus consejos, con los cuales comunicó aquel caso, y sobre ello hubo grandes pareceres. Los Zegries decían que no hiciese tal, ni por imaginación, ni quitase las armas. Los Gomeles y Mazas estuvieron de aqueste parecer. Los Venegas, Aldoradines, Gazules y Alabeces, que determinaban ser cristianos, decían que el rey don Fernando pedía justicia, pues estaba así concertado; y ya que debajo de aquel concierto el rey don Fernando les había dado lugar de cultivar sus haciendas y labores, y á los mercaderes para entrar y salir en los reinos de Castilla á tratar con sus cartas de seguro, que ahora no era justo hacer otra cosa; que no era de rey quebrar la palabra, pues el cristiano no la había quebrado. Los Almoradines decían que no convenia darle al rey don Fernando nada de lo que pedía; que si él había dado lugar á los moros para cultivar sus labores, también ellos no habían corrido los campos de las fronteras; que también ellos gozaban de aquella paz y concierto, y así como los moros, y mejor. Toda la demás gente de guerra fué deste parecer, y le fué respondido al Rey Católico que no había lugar á lo que pedía. Vista la respuesta del rey moro, y que venían á correr la tierra de los cristianos, mandó el rey don Fernando reforzar y guarnecer todas las fronteras, y proveerlas de bastimentos y municiones, con intento de poner cerco á Granada el verano siguiente; y así se fué á Segovia á invernar.

CAPITULO XVII.

En que se da cuenta del cerco de Granada por los Reyes Católicos, y de la fundacion de Santa Fe.

El verano siguiente vino el rey don Fernando á Córdoba, y allí tuvo ciertas escaramuzas con los moros de Granada, y quitó el cerco de Salobreña que tenían los moros en aprieto. Hecho esto, se fué á Sevilla á tratar ciertas cosas para el cerco de Granada. Volvió á Córdoba, y de allí vino á la Vega de Granada y destruyó todo el valle de Alhendin, y mataron los cristianos muchos moros y quemaron nueve aldeas. En una escaramuza murieron muchos Zegries á manos de los cristianos Abencerrajes, y un Zegri escapó huyendo á darle esta mala nueva al rey moro. El rey don Fernando puso su real en la misma Vega, donde estaba prevenido todo lo necesario, y puso toda su gente en escuadron formado con todas sus banderas tendidas y su real estandarte, en el cual llevaba por